

Venidos de Cuba

En el declinar del siglo XIX, antes del desastre del 98, un joven llamado Eduardo Cejas y Elexalde, de sangre pontana y vasca, cosmopolita y viajero de vocación, se embarcó en el puerto de la Habana con destino Puente Genil, la tierra de su padre, quien años atrás había emigrado a América. Cuando el buque atravesaba la bahía y enfilaba hacia el Faro del Morro, donde termina la ensenada y comienza el Golfo de Méjico, miró hacia atrás, vio el Malecón y el Castillo de la Punta, y, ya en mar abierto, se despidió para siempre de Cuba, con una visión difuminada entre la bruma, de las Sierras Maestra y Morena. Fue consciente de que un nuevo día, que duraría el resto de su vida, comenzaba para él.

En la España de finales del XIX y comienzos del XX, a los emigrantes que regresaban de América, en gran parte de la más española de las islas del Caribe, se les denominaba los indianos. En algunas ciudades, como en la Vetusta de Clarín (Oviedo), su empuje, y las considerables fortunas que muchos de ellos traían con su repatriación, dieron origen a nuevas barriadas o Ensanches, modernas y pujantes, y supusieron un soplo de vitalidad en una España triste y decadente por las catástrofes militares.

En la Puente, a Eduardo Cejas sus paisanos le llamaron el Habanero. Fue un personaje inquieto e innovador, que llegó, rico y culto, a un pueblo tan vitalista como él, el Puente Genil emprendedor e industrial de finales de siglo.

Amante de los inventos, un día se empeñó en conseguir una bengala que durase el recorrido completo de su Corporación, el Imperio Romano, en las subidas a Jesús los domingos de Cuaresma, desde la salida del cuartel hasta su retorno. Algo fue mal porque, en su manipulación, el artefacto le estalló en su taller pirotécnico, y de resultas de la explosión perdió una pierna. Eduardo trajo a Puente Genil el primer aparato cinematógrafo y, años más tarde, su pasión por la inventiva le hizo crear el Taller del Habanero, en el trozo de la Cuesta Romero donde muere la calle Campanas.

Además de los indianos que regresaban, la isla de Cuba también nos envió las habaneras, de ritmo lento y melancólico, sentimentales y románticas, muy en el gusto popular de nuestra tierra. Acabo de volver a escuchar, en grabación de la Coral Miguel Gant, dos de ellas, ambas compuestas aquí: “Con las notas de una habanera”, de 1928, y una pequeña joya de composición reciente titulada “Habanera antigua”, de Rafa Sánchez y Carlos Delgado.

La habanera se hermanó en esta tierra nuestra, al tiempo sentimental y crítica, con la copla de carnaval, socarrona y descriptiva, y han ido y siguen yendo de la mano la una de la otra en reuniones y tertulias, dentro y fuera de Puente Genil. En la habanera nos abandonamos al corazón. En la copla de carnaval damos rienda suelta a la ironía.

Ese poeta anónimo que el pontano lleva dentro, ha musicado, en copla carnalera, cuatro líneas tan hermosas como estas:

**“Una pontana me dio
de sus labios miel a beber
fue tan dulce su sabor
que vivir no puedo sin él”**

Mirando al firmamento, entre el campanario de la Purificación y los altos del cuartel de la Judea, se divisa una estrella que, además de luz propia, emite una sinfonía triste, que algunos creen que es una conversación entre ausentes, y cuyo sonido solo pueden percibir unos pocos privilegiados. Uno de estos, hijo del Habanero, por nombre Eduardo Cejas Cordón, subió una noche a aquella estrella y se trajo la partitura. Luego se reunió con su amigo José Arcos, la convirtieron en una marcha romana y le dieron nombre. Desde entonces, está al alcance de todos. Le llaman "Recuerda".

*Juan González Solano
Madrid, Noviembre de 2001*